

Por una globalización decente

Luis Alfonso Iglesias Huelga

Relaciones internacionales FE CCOO

LA jornada de trabajo que, bajo el lema “Por una globalización decente”, impulsaron ISCOD-UGT y la Fundación Paz y Solidaridad de CCOO puso de manifiesto la necesidad de hablar para saber de qué estamos hablando y la obviedad de repetir que las crisis, lejos de ser un espacio para las oportunidades, representan el lugar común de los oportunistas.

Bajo el título (tan literario como dramático) “¿De qué se alimenta el hambre?”, varios autores analizan en una reciente publicación el impacto de los precios de los alimentos en la desnutrición. Casualmente, a finales de 2007 y principio de 2008 los precios mundiales de los alimentos y el petróleo se dispararon y, según los cálculos de la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación), el número de personas que padecen hambre pasó de los 800 millones de 2005 a los 1020 millones de 2009.

En plena euforia política, económica y ciudadana, las entidades bancarias vendieron fondos garantizados sobre el precio del maíz, el trigo y el mijo. Casualmente, el Fondo Monetario Internacional obligó a los países más pobres a comprar estos productos a EEUU y de paso arruinó el aparato productivo de esos países que ahora tendrían más hambre dentro del hambre y más deuda dentro de la deuda, a la vez que el sistema financiero internacional garantizaba los fondos con sus particulares beneficios, en aras de la libertad de mercado.

Inmersos en la planetaria reacción de solidaridad con Chile y Haití (en la que ciertos bancos practican una suerte de onanismo solidario cobrando comisiones bancarias por efectuar las transferencias) es preciso recordar que hace tiempo el Banco Mundial y el Fondo Monetario eliminaron la protección de la producción nacional de arroz en Haití y obligaron a los haitianos a importar el arroz estadounidense, tan subsidiado como protegido.

¡Qué extraña música producen las notas de esas siglas que representan a las altas instituciones financieras en el concierto mundial: siempre se vuelven más nacionales cuando de fondos mundiales se trata!

En este mundo patas arriba al pirómano que provocó el incendio de la crisis no sólo no lo encarcelaron ni lo pusieron a tratamiento: los ciudadanos le hemos indemnizado por los daños que él nos causó, le hemos comprado más cerillas y más líquido inflamable de buena calidad (para próximas ocasiones) y ahora escuchamos atónitos sus órdenes sobre lo que tenemos que hacer con nuestro calcinado espacio económico.

Las crisis alimentarias y la pérdida de derechos son el resultado final de los agresivos remedios que agreden pero nunca remedian. Los salvadores de la economía magnifican los términos, transforman el mijo en hambre, el hambre en moneda y la moneda en crisis.

De tanto repetirnos que, en este casino mundial, la banca siempre gana, llegamos a creernos que formábamos parte de una de sus ruletas y que con sólo jugar todos ganaríamos. La mayoría perdió porque otros, unos pocos, ganaron, pero también porque muchos frecuentaron el lugar del juego y el resultado final se representa en la vuelta al pragmatismo edificado sobre la mística de la competencia

y el funeral de la cooperación. Nuestra labor está en la lucha denodada por la consecución de los Objetivos de Desarrollo del Milenio, en la pelea por la reivindicación de un trabajo decente para una vida decente.

Con la urgencia que la necesidad impone, hoy, más que nunca, el mundo tiene que ser la casa de los que no la tienen. Afortunadamente estamos hechos de la misma materia que los sueños, aunque tengamos que vivirlos a cielo raso.